

**Testigos y mensajeros de la cercanía de Dios**  
Apuntes para la espiritualidad del  
sacerdote diocesano

*Juan Miguel Espinosa Portocarrero*  
*jul. 2016*

CEP - **169** - 1996

Carátula: *Mila Acuña*

Foto: *Werner Rostan*

*Con las debidas licencias*

**CENTRO DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES (CEP)**

Camilo Carrillo 479 - Apartado 11-0107

Lima 11 - Perú

Octubre 1996

**Jorge Alvarez Calderón**

***Testigos y mensajeros  
de la  
cercanía de Dios***

***cep***



## Presentación

*El Centro de Estudios y Publicaciones (CEP) se complace en presentar esta publicación del sacerdote peruano Jorge Alvarez Calderón sobre la identidad y espiritualidad del sacerdote diocesano, fruto de una reflexión pausada y metódica a partir de la experiencia propia y de otros sacerdotes en el caminar de la Iglesia latinoamericana.*

*En nuestro medio -y en el ámbito de nuestro continente- parecería que la identidad del clero diocesano no tienen modelos ni rasgos claros. Sin embargo lo expuesto por el autor en estas páginas ha sido tomado de testimonios y la novedad ha consistido en detectar, sistematizar e interpretar, en la perspectiva bíblica y eclesial, esos rasgos que vividos de modo parcial y disperso, permiten vislumbrar un modelo de sacerdote diocesano. De esta manera se afirma y alimenta la identidad de nuestras iglesias locales, y se valoran las características propias de una espiritualidad presbiterial diocesana.*

Lima, octubre de 1996  
C.E.P.



# Indice

<b>Presentación</b>	5
<b>Indice</b>	7
<b>Introducción</b>	9
<b>I. Emmanuel</b>	15
<b>II. ¿De Nazaret puede salir algo bueno?</b>	23
<b>III. ¡Venga tu Reino!</b>	29
<b>IV. Tuyo es el reino y el poder</b>	35
<b>V. Donde está vuestro tesoro...</b>	41
<b>VI. Y recibieron el Espíritu Santo</b>	49
<b>VII. Por Cristo, con El y en El</b>	59



## Introducción

Tratar el tema de la espiritualidad diocesana consiste sencillamente en buscar de qué manera la práctica del ministerio sacerdotal -vocación propia del presbítero- puede ser una posibilidad efectiva de santidad.

Debemos superar desde un comienzo todo dualismo entre vida espiritual y actividad pastoral, dualismo que se da desgraciadamente en un grado mayor del que imaginamos. Hay que encontrar más bien la unidad profunda entre la santidad personal del presbítero y su eficacia pastoral, pues nadie es santo sino dentro de una realidad concreta y un actuar determinado. La santidad del sacerdote diocesano se desarrollará en la medida en que éste sea fiel a **su** llamado, así como la santidad del casado, del profesional, del dirigente popular o del monje se desarrolla en la medida que cada uno de ellos asume radicalmente **su** vocación. Entrar en otras disquisiciones es no sólo complicar las cosas sino quizás inclusive desviar la reflexión. Peor aún, es mantener en una ambigüedad insalvable el tema crucial de la santidad del cristiano.

Por suerte, la renovación teológica de los últimos años valoriza de nuevo la gracia bautismal como fuente por excelencia de santidad. Con ello se ha logrado superar la vieja y estéril discusión acerca de la posible superioridad de ciertos estados de vida con respecto a otros. En la perspectiva del Concilio Vaticano II, los diferentes carismas y ministerios están llamados a irradiar la infinita riqueza de Dios. Todos los cristianos deben complementarse y ayudarse para ser fieles en sus respectivas identidades, así como todos deben orientarse a ser elementos eficaces y dinamizadores del conjunto de la sociedad. Porque la santidad no es algo intimista sino que tiene necesariamente una dimensión misionera, propia de la vocación misma de la Iglesia que consiste en ser "luz para las naciones" (Lc. 1, 32), es decir, aporte y ayuda humanizadora para el caminar humano<sup>1</sup>.

En nuestro medio, es un hecho, la identidad de los clérigos diocesanos no tiene un modelo propio ni, por lo tanto, rasgos definidos. La gente no tiene una idea clara de cómo deben ser estos clérigos. Eso se debe a múltiples factores, pero sobre todo al hecho de que son demasiadas las personas que nunca han tenido contacto directo con ellos.

Es cierto, el movimiento misionero que se acentuó hace unas cuatro décadas llenó los vacíos provenientes de la falta de vocaciones nacionales. La renovación conciliar que empezó en esa época también se hizo prioritariamente gracias a la presencia y trabajo misionero de religiosos extranjeros. Si a esto se añade los ejemplares

---

<sup>1</sup> Leer al respecto: ESTRADA, Juan Antonio *La renovación de la espiritualidad*, en "Proyección", Granada, España, vol 39, 1992, pp. 239-251.

poco edificantes -producto de lagunas de formación, inseguridad económica y soledad- que dan mala imagen a los sacerdotes diocesanos nacionales comprenderemos mejor por qué la gente prefiere a los religiosos y, entre estos, por la mentalidad racista y colonial que aún persiste en nuestro medio, sobre todo a los extranjeros.

Por si todo lo dicho fuera poco, en la trayectoria de la iglesia occidental la espiritualidad más trabajada es aquella de la vida consagrada. No es de extrañar, por lo tanto, que la espiritualidad se conciba casi naturalmente como asunto de religiosos con la consiguiente inseguridad, y hasta malestar, por parte de aquellos -laicos o clérigos- que no lo son. Muchos sacerdotes diocesanos viven esta situación de manera dolorosa; intuyen que algo no funciona en la manera de plantear el problema pero no logran encontrar categorías ni elementos para formular una alternativa adaptada a su propia vocación.

La situación descrita ha motivado el actual trabajo. Deseamos con él contribuir a avanzar en una reflexión y lograr así superar estos entrapmes. Intentaremos poner en relieve algunas rasgos del diocesano que, a nuestro parecer, son auténticos caminos de santidad. No es éste por supuesto un trabajo exhaustivo; es algo así como un esbozo, una invitación para ir más allá en una búsqueda común. Hay evidentemente muchos aspectos de la vida del sacerdote diocesano que no van a ser aquí tocados. Lo que pretendemos es señalar algunas características, algunas vetas que juzgamos importantes y que pueden ayudar para el objetivo que nos hemos propuesto.

Es bueno recordarlo desde el inicio: la espiritualidad es ante todo fidelidad al Espíritu. Es una actitud global que abarca todas las dimensiones de la vida del creyente: su historia, su origen, sus talentos y límites, su afectividad, su inteligencia, sus fuerzas, sus responsabilidades. Toda la vida del discípulo lo impulsa a seguir apasionadamente a Jesucristo -Palabra del Padre-, a “conformarse” con El, a ser atento y dócil a su evangelio, a reconocerlo como la verdadera plenitud de vida y a comunicar esa “buena noticia” a todo su entorno. El espiritual es el discípulo a la escucha del Maestro, es el que se abandona y se deja llevar por el Espíritu, es el que consagra su vida al Padre y a su Reino, es el testigo ante el mundo de la novedad del Resucitado.

Deseamos que estas líneas contribuyan a que muchos sacerdotes diocesanos puedan encontrar elementos que les permitan valorar y reconocer la santidad y riqueza espiritual presente en sus vidas. Muchos, en efecto, hacen de su ministerio un auténtico camino de santidad; pero, al no reconocerlo como experiencia espiritual, tampoco pueden trabajarlos ni profundizar en él. En nuestra opinión se encuentran ante la necesidad de una formulación más adecuada que les permita comprender el sentido de lo que ya viven, en vistas a poderlo asumir mejor y desarrollarlo como elemento vivo y consciente de su espiritualidad, espiritualidad de pastores de y para una iglesia local determinada.

Es sabido que los ministros ordenados, al participar de Cristo como Cabeza del Cuerpo eclesial, participan también de su triple misión de Profeta, Rey y Sacerdote. Ahora bien, en los evangelios la novedad de Jesús es cumplir esa triple función no de cualquier manera sino en la línea, poco esperada, del Servidor de Isaías. Eso fue precisamente la “piedra de escándalo” que provocó el

rechazo por parte de los judíos, el “tropiezo” que finalmente desencadenó el drama de la crucifixión. Pero sin embargo eso, justamente, es lo que constituyó el centro de la novedad de Dios revelada en Jesús, novedad que lo hace cercano, Emmanuel, Buena Nueva para los pobres. Y es también el núcleo central del discipulado y de la santidad cristiana.

Ahora bien, lo primero que salta a la vista en la vida de un sacerdote diocesano es su consagración como colaborador del orden episcopal dentro de su iglesia local. Participa por lo tanto de la triple misión de Cristo, como lo acabamos de ver, en la línea del Servidor. Eso marcará su vida, su imagen y dará características propias a su espiritualidad. Es lo que trataremos de abordar en este trabajo, al menos en algunos rasgos que, a nuestro parecer, no suelen abordarse suficientemente y que sin embargo me parecen básicos para comprender la inmensa posibilidad de santidad de la vocación presbiterial diocesana.



# I.

## Emmanuel

### EL SACERDOTE DIOCESANO, SACRAMENTO DEL ACERCAMIENTO DE DIOS

#### a) Cercano, como Jesús

Es un hecho. El diocesano puede ser un sacerdote cercano. Su estilo de vida se lo permite, su "ser parte" de un pueblo le da las posibilidades de ser considerado como uno más... Conoce la historia de su región, de su país, los problemas de su medio. Participa de la misma raza, cultura y preocupaciones de los suyos. Vibra con lo que vibran sus hermanos, sufre con lo que ellos sufren. Todo esto es fecundo para su actuar pastoral. Su estilo de vida, además, no está ligado a estructuras demasiado rígidas. De hecho, cada sacerdote organiza su vida como lo desea, lo cual es un reto para su madurez personal. Según su personalidad y opciones, podrá llevar una vida aislada o comunitaria, separada o cercana, profunda o superficial.

Esa flexibilidad, desde la perspectiva adoptada en nuestro análisis, representa sobre todo una posibilidad apostólica y, por lo tanto, un reto para su espiritualidad. Porque nada le impide, en efecto, buscar conscientemente caminos de proximidad, de disponibilidad, de cercanía y con ello ser en los hechos una verdadera manifestación de aquello que es tan propio del ser mismo de Dios y que debe ser el centro de la vida y de la acción del pastor. El lenguaje del testimonio -bien lo sabemos- es más elocuente que el de las palabras. Siguiendo esta veta, muchos elementos de la vida cotidiana adquirirán contenido y significado pastoral: la manera de arreglar la casa, la forma de acoger, las idas y venidas, las conversaciones, las preocupaciones e inquietudes, las diferentes presencias en la vida de la sociedad. La santidad atraviesa lo cotidiano.

El sacerdote diocesano tiene por lo demás, una misión especial, la de ser colaborador del obispo en la edificación de la iglesia local; pero realiza esa misión como alguien que proviene del mismo pueblo donde es enviado, no como un extraño. Pues, originario del lugar, lleva en su sangre la "pasión" de los suyos en el sentido doble del término: el de sus dolores y sufrimientos como también el de sus "apasionamientos", es decir, de aquello que les impulsa a avanzar sin desfallecer.

¿Cómo no ver en este rasgo algo así como el llamado a ser el sacramento de la encarnación radical del Señor en la historia? El sacerdote diocesano tiene, en efecto, muchas posibilidades para ser expresión de esa forma tan especial y admirable de Dios, en Jesús, de manifestar su alianza y su fidelidad con la humanidad: "y habitó entre nosotros"... El presbítero diocesano está llamado a ser sacramento de ese Verbo encarnado en un pueblo concreto. Lo será mucho más porque de ahí proviene -con su

raza y cultura, como Jesús-, y en ese pueblo se quedará...como Jesús. Porque es cierto, en los diocesanos el compromiso con un pueblo es normalmente de por vida. No son aves de paso. No acompañan a un pueblo por un número limitado de meses o de años. No son prestados. Esa es su vocación. Y su fidelidad a través de los años cuenta mucho como manifestación de la fidelidad de ese Señor que aman y que están llamados a revelar. Comparten por opción y con intensidad la suerte de esa porción del mundo, y lo hacen hasta la muerte: su encarnación está llamada a tener rasgos de radicalidad.

Resulta muy significativo, por ejemplo, participar en las fiestas jubilares de sacerdotes que de veras han sido durante largos años acompañantes fieles de su pueblo, y muchas veces a través de momentos de incertidumbre, oscuridad y dureza. Esa permanencia es santidad, y santidad evangelizadora. Su fidelidad se ha ido construyendo día a día, ha supuesto evidentemente una lucha constante y a veces difícil. Pero esa actitud ha ayudado a mucha gente a ser fiel. Esos sacerdotes que así en un lugar permanecen son "puntales"; es decir, puntos de referencia sólidos en el caminar de una iglesia local, columnas vertebrales de esa iglesia. Ellos constituyen un motivo de acción de gracias para los cristianos mayores, un ejemplo estimulante para las generaciones jóvenes y, para todos, un sacramento -una vez más- de esa fidelidad cercana de Dios para con un pueblo, para con personas concretas. La espiritualidad diocesana va, qué duda cabe, por ahí <sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Jon Sobrino tiene un trabajo muy perspicaz, fundamentado y profundo sobre este tema: Cfr. *Hacia una determinación de la realidad sacerdotal. El servicio al acercamiento salvífico de Dios a los hombres*, en la "Revista Latinoamericana de Teología", Año 1, n° 1, enero-abril 1984, pp. 47-81.

## **b) Vida pública, buena nueva**

Por su ordenación, ya lo hemos dicho, el presbítero participa de la misión episcopal. Esto supone, entre otras cosas, representar oficialmente a la comunidad creyente. ¿Qué implica esta representación y qué consecuencias tiene para la vida espiritual de los presbíteros, especialmente de los diocesanos? ¿Qué posibilidades y qué desafíos les plantea para su crecimiento en santidad? Habría mucho que decir al respecto, pero aquí queremos limitarnos sólo a algunos aspectos porque nos parecen relevantes y no suficientemente tomados en cuenta.

Hay que remarcar en primer lugar que, debido a su función pública, la vida personal del sacerdote tiene inevitablemente una repercusión social. Prueba de ello es que mucha gente se forma su propia opinión acerca del evangelio y de la iglesia a partir del comportamiento concreto que observa en los sacerdotes. Cuántas veces se escuchan, en efecto, reacciones de acercamiento o de rechazo a la iglesia provocadas únicamente por el trato diario con sus ministros. Las personas, es cierto, miran al sacerdote, se fijan en él, lo juzgan en lo pequeño y en lo grande, tienen expectativas sobre su persona, su ministerio y su actuar cotidiano.

Sabido es también que la presencia de un sacerdote "dice" mucho a las personas y a las organizaciones. Hay en efecto en el pueblo, dentro de la sencillez de su fe, el reconocimiento de que sucede algo especial cuando un sacerdote llega a una casa, participa en tal o cual acontecimiento familiar, toma en consideración a las organizaciones populares, se solidariza con sus preocupaciones y luchas. La cercanía a la vida y al caminar del pueblo, el compromiso valiente y solidario, la comprensión de los

problemas por los que atraviesa la gente, tienen muy importantes repercusiones en la vida social y también en la trayectoria de fe de las personas y de las colectividades. Pero inversamente, la lejanía, la indiferencia o la evasión frente a esos problemas afectan de manera negativa la labor pastoral. El pueblo juzga esos gestos.

Testimonios aportados en esta línea por sacerdotes nos permiten entender hasta qué punto estas actitudes son eficaces pastoralmente, pues valoran desde Dios y desde la Iglesia los esfuerzos, a veces muy duros y arduos, de ciertos grupos humanos por vivir y dignificarse. Esta presencia del sacerdote diocesano en la vida cotidiana de su gente, le estimula a seguir adelante a pesar de las dificultades y viene a ser una auténtica manifestación en los hechos del Señor comprometido con la historia, con la justicia y con la vida.

No se deben calificar simplistamente esos sentimientos del pueblo. Hay ahí como la intuición de que, a través de la presencia del ministro, se realiza una presencia de Dios que dignifica especialmente a esa familia visitada, a esa organización tomada en cuenta. Y si consideramos cuánto desprecio racial y cultural existe en nuestro país, cuánto maltrato reciben en él los pobres, podemos descubrir mejor toda la carga teológica implícita en ese sentimiento de la cultura y piedad populares.

Nuestro pueblo es religioso no sólo en los niveles personales, tiene intuiciones muy profundas de las repercusiones sociales de la fe. Espera y juzga también en el terreno social -y con razón- a sus pastores. La actuación pública de éstos, como vemos, tiene una eficacia evangelizadora muy profunda y por lo tanto, debe constituir para los presbíteros una motivación y una exigencia grandes de coherencia, de atención y presen-

cia en los acontecimientos grandes o pequeños del pueblo con el que vive. Su actuación social, por su significado de buena nueva, -es decir, por su eficacia apostólica- será para el sacerdote un auténtico lugar de acogida del Resucitado, Señor de la historia, y de conversión personal a partir de la vida cotidiana.

### **c) El aporte de la epístola a los Hebreos**

La epístola a los Hebreos nos da luces sobre todo lo que aquí está en juego. Es, en efecto, el texto del Nuevo Testamento donde se desarrolla más ampliamente el tema de Cristo como sacerdote. Tiene la audacia de reflexionar sobre la misión de Jesús a partir del sacerdocio de la antigua alianza. Para ello utilizará el lenguaje ritual y el simbolismo propios de la práctica sacerdotal de la época pero invirtiendo su contenido al aplicarlo a la novedad de Jesús.

La primera "inversión" será la siguiente: Cristo es sacerdote no porque haya sido elegido de "entre los hombres" como los sacerdotes veterotestamentarios (Heb. 5, 1), sino porque "viene de Dios" (5, 5). La segunda tiene la siguiente característica: su mediación no se hace a través de sacrificios y holocaustos, es decir, a través de acciones culturales, ni son realizadas en lugar sagrado (9, 1-14, 26-29; 10, 5-18). El culto de Cristo Sacerdote es el de su vida. Lo realiza en los caminos, en las casas, en su actuar concreto, en sus opciones; todas ellas consideradas, en la mejor tradición bíblica, como "culto verdadero y agradable a Dios" (10,5-9). La ofrenda es la de su vida; el sacrificio es el de su fidelidad hasta la muerte. Su acción se realiza no dentro del templo sino fuera de él... (2, 17-18; 7, 11-14, 26-28).

La novedad del sacerdocio de Cristo, según Hebreos, es justamente su esencia no cúllica. Ahí reside la audacia de esta epístola. Cristo es sacerdote porque es enviado de Dios y porque, a través de su práctica, renueva la alianza, perdona, restituye la comunión perdida. La Iglesia, a su vez, será “pueblo sacerdotal” en la medida que participe, como El, de la historia humana y revele, a través del compromiso y testimonio de los cristianos, el porfiado acercamiento salvífico de Cristo a lo largo de todas las generaciones y en todos los lugares de la humanidad. (Heb. 10, 19-25; 11, 1 a 12, 4; 10, 5-10; 12, 28-29).

El ministerio presbiterial, por su parte, será “sacerdotalmente” eficaz en la medida en que el servicio pastoral-construcción de comunidad que incluye la Palabra, los sacramentos, la comunión- contribuya a que todo el pueblo de Dios sea, como lo hemos dicho, “pueblo sacerdotal”.

Esta epístola está llamada a iluminar, ampliar y enriquecer la dimensión “sacerdotal” de la vida del presbítero ligándola a la vocación sacerdotal de toda la iglesia. No restringe su vida a las meras funciones cultuales, litúrgicas, sacramentales; las supone, pero va más allá de ellas. Lo impulsa a promover un laicado con vocación “sacerdotal” en la línea de la epístola a los Hebreos. Lo lleva a estar presente en la vida de su pueblo. Abarcará por lo tanto todas las dimensiones de sus quehaceres cotidianos, a imagen del sacerdocio de Cristo. Es justamente lo que los ejemplos indicados más arriba han tratado de ilustrar. Por lo tanto, la presidencia cultual de la celebración litúrgica adquirirá sentido de verdad si el ministro la vive como “fuente y cumbre” de un compromiso eclesial que abarca a toda la comunidad abierta a la sociedad, y que lo implica también a él.

En la ceremonia de la ordenación de los presbíteros hay una fórmula muy significativa al respecto justamente en el momento en que el obispo entrega al recientemente ordenado los instrumentos del culto. Puntualiza de manera profunda y acertada lo que aquí decimos. Dice así:

“Considera lo que realizas; *imita* lo que conmemoras  
y *conforma* tu vida  
con el misterio de la cruz del Señor”.

La celebración eucarística, lo dice claramente esta fórmula, no es sólo culto sino “memorial”: remite al pasado, a la práctica de Jesús considerada como verdadero culto al Padre (“considera”..); y remite al presente, a la práctica coherente del nuevo pastor para ser sacramento del acercamiento de Dios a su pueblo y promotor de una comunidad con esa misma misión en el mundo (“imita”...). El encargo que recibe por la ordenación le da al presbítero la línea fundamental de su “culto”, de su espiritualidad (“conforma tu vida”..). Este bello texto de la liturgia ubica y envía al nuevo ordenado a ser sacerdote como Jesús y lo llama a que sitúe continuamente su papel de presidente de la celebración litúrgica en un marco que incluye todo su actuar ministerial en la sociedad. Así debe concebirse la auténtica piedad eucarística del sacerdote.

La espiritualidad del presbítero diocesano se vive al interior de su ministerio, no fuera de él. Es una veta muy rica para descubrir muchos rasgos del Señor Jesús, vivirlos, manifestarlos y de esa manera ser discípulo en el ejercicio de su labor como pastor.

## II.

# ¿De Nazaret puede salir algo bueno?

### EL SACERDOTE DIOCESANO, HOMBRE DEL MISMO BARRO QUE SU PUEBLO

El sacerdote diocesano está llamado a anunciar el Evangelio a su mismo pueblo de origen. Es como aquel hombre a quien Jesús le dice: "Vete a tu casa, con los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti" (Mc., 5, 19). Una característica que lo distingue es la de estar hecho del "mismo barro que su pueblo". ¿Qué queremos decir con esta expresión? El "barro de nuestro pueblo", bien lo sabemos, está cargado de sufrimientos físicos, de desprecios raciales, de marginaciones. Todas estas características y situaciones tienen implicancias para la acción pastoral y la espiritualidad del diocesano. Analicémoslas.

Nuestro pueblo necesita de Buena Nueva -es urgencia de vida-, necesita descubrir con hechos que el Dios que lo ama se ha fijado en él, lo ama y considera, tiene confianza en él y lo integra en su proyecto. Nadie mejor

que alguien proveniente de ese mismo pueblo -que vive en sí mismo, en su propio color y carne, la dura experiencia de la gente- como para ser capaz de hacer llegar el Evangelio a las raíces mismas de ese sector humano para curarlo, dignificarlo, liberarlo, levantarlo.

El sacerdote diocesano viene a ser personalmente manifestación concreta entre los suyos del núcleo mismo del mensaje evangélico: “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Ahora bien, el Verbo se hizo carne asumiendo carne nazarena. Esto es algo central en los evangelios. El Padre, en Jesús, no eligió encarnarse entre los grandes o apreciados de su pueblo; eligió cabalmente ser nazareno:

“fue a vivir en una ciudad llamada Nazaret para que se cumpliese el oráculo de los profetas: será llamado nazareno” (Mt. 2, 23).

El texto indica la densidad teológica del carácter nazareno de Jesús, aludiendo a uno de los temas centrales de la Biblia: la manera de ser de Dios, la paradoja de su transcendencia...

El Dios bíblico es el Dios de los pobres y los humildes que, con la identidad nazarena de Jesús, manifestó de manera radical esa su forma de ser. Es éste un tema bíblico central y muy desconcertante; cuestiona en efecto las categorías que la humanidad suele utilizar para imaginar a sus dioses<sup>3</sup>. ¡Qué escandaloso es, a fin de cuentas,

---

<sup>3</sup> Este tema es claro en todos los evangelios, pero muy especialmente en el de Juan. El ser nazareno de Jesús constituye la piedra de escándalo y la prueba mayor para la fe de los judíos y también para los creyentes de todas las épocas. Aceptar al Nazareno será aceptar la novedad de Dios; rechazar al Nazareno será “escoger” las tinieblas

este misterio para todas las culturas; cuánto más fácil y normal es comprender la grandeza de Dios en términos de grandeza humana! Por eso costó -y cuesta- aceptar a Jesús en su realidad histórica concreta; por eso, finalmente, fue rechazado y eliminado; por eso quizá, generación tras generación en la ya larga trayectoria de la Iglesia, la realidad del Jesús histórico resulta tan difícil de asimilar. No aceptar a Jesús nazareno es una tentación constante, grave, para los cristianos de todos los tiempos. Y éste es también el motivo por el cual la temática de los pobres será asunto porfiadamente recurrente en todo momento de renovación espiritual de la Iglesia. Bajo una u otra denominación, la que hoy llamamos "opción por los pobres" ha estado siempre presente como elemento central del evangelio.

Para lo que tratamos en estas páginas, este punto tiene mucha importancia. Los sacerdotes diocesanos son, en efecto, mayoritariamente de origen humilde. No vienen de los sectores bien considerados de la sociedad. Están marcados racial y culturalmente. Son de veras nazarenos. Por eso es tan importante trabajar este tema cuando se analiza la espiritualidad del clero diocesano.

La cultura y el status social adquiridos en el seminario empujarán inconscientemente a los sacerdotes a alejarse de los orígenes propios, a "irse a la capital", a "limpiarse" culturalmente, a imitar formas de vestir, maneras de vivir de otros. Caer en esta tentación produce en ellos, sin embargo, inseguridades y complejos; fácilmente acabarán despreciando a los suyos, tomando distancia de ellos y hasta maltratándolos para afirmarse.

---

del mundo y no la luz de Dios. Ver al respecto: Jn. 1, 45-49; 5, 37-38; 42-44; el capítulo 7, especialmente vv. 27-29, 40-43, 52; 18, 4-8; 19, 19-22).

En nuestro país -bien lo sabemos- éste es un problema que va más allá de los círculos clericales, con manifestaciones múltiples y frecuentes, y que adquiere rasgos verdaderamente trágicos.

En cambio, si vemos las cosas desde la perspectiva de fe, los sacerdotes de origen popular -como suelen serlo la mayoría de los diocesanos- se encuentran en una situación privilegiada para manifestar al Salvador. Pues si, a semejanza de Jesús, asumen su origen nazareno como parte fundamental de su vocación, tienen la posibilidad, mucho mejor que otros, de "decir" a través de lo que ellos son por raíces, la sorprendente trascendencia de Dios expresada en el origen humano de Jesús y que lo identificó con los que tantos desprecios y marginaciones han sufrido y sufren. Al participar de la misma historia, raza, cultura y de los mismos sufrimientos de su pueblo pueden desarrollar un potencial revelador y evangelizador muy profundo. La debilidad se convertirá entonces para ellos en fuerza; el "no ser" los constituirá paradójicamente en sujetos importantes para Dios y para los pobres. Por eso, cuanto más y mejor el diocesano de origen popular se reconozca en sus propias raíces y las asuma, más y mejor podrá ser evangelizador de ese su mundo que tanta necesidad tiene de autoafirmarse y dignificarse en su identidad. Y, por cierto, más y mejor evangelizará también a otros sectores sociales que, quizás como los griegos de san Pablo, buscan a Dios en la sabiduría y no en la forma como El escogió manifestarse.

Aceptarse tal como es constituye un aspecto muy importante de la Buena Nueva para toda persona: puede valorar lo positivo de su propia historia para hacerla instrumento de humanidad. Al mismo tiempo, habiendo reconocido y palpado sus propias heridas, estará en mejores condiciones para hacer también de esas heridas

factores de humanización y no frenos de muerte. Al conocerse mejor, puede valorarse, aceptar mejor su ser y su historia como don bendito del Señor y desde ahí convertirse en Buena Nueva para otros. Pero esto, que es válido para toda persona, qué importante es para el pastor que surge de los sectores populares. Asumirse él desde sus orígenes es descubrir una dimensión muy honda de su vocación, llamada a dignificar a sus hermanos y a hacer crecer en identidad, desde el evangelio, a nuestro pueblo <sup>4</sup>.

Si no tomamos seriamente en consideración el correlato humano, el barro del que estamos formados, una sola tempestad puede poner en riesgo nuestra espiritualidad. Si ésta, por el contrario, se enraiza en la propia historia -¡y cada una es tan particular!- estará en mejores condiciones para resistir los embates, crecer y dar frutos.

---

<sup>4</sup> Esto supondrá tomar en serio y trabajar la historia personal de cada uno, la de su familia, la de sus orígenes. Aquella que muchas veces guardamos en silencio. Aquella que preferimos muchas veces no ver ni recordar, pues con frecuencia nos da miedo ingresar a ciertas "honduras" personales que nos producen inseguridad. Es cierto que ese trabajo atemoriza a muchos. Sin embargo, me pregunto si no constituye una gran ocasión para vivir muy concretamente la experiencia de infancia espiritual, de abandono en las manos del Señor. ¿Por qué, en efecto, tener miedo de ingresar a esos niveles de nuestro ser? ¿No será acaso un signo de falta de confianza hacia ese Señor que nos ha elegido tal como somos y que desea que nuestra humanidad crezca y se desarrolle para felicidad propia y bien de otros?

Es importantísimo para un ministro del evangelio estar dispuesto a ir a esos mundos suyos, más o menos oscuros -como Cristo muerto que "desciende a los infiernos", es decir, a las bases de la creación para salir de ahí con su humanidad resucitada-. El evangelio está llamado a dar vida, permitiendo a cada persona asumir sus heridas y afirmarse, integrar su propia humanidad, desarrollar sus potencialidades. Sólo así se puede ser sólido, feliz. Sólo así puede cada uno descubrir la riqueza de la que es portador y convertirse en agente de transformación, testimonio de la novedad del Resucitado.

Si se quiere, nuestro barro, la originalidad de cada uno, es la "tierra" en la que la semilla del evangelio debe crecer y donde el Espíritu de Dios desea hacer su obra vivificadora. Una espiritualidad así vivida, desde su peculiar realidad, contribuye de manera valiosa a la eficacia pastoral del sacerdote diocesano. Es espiritualidad en, desde y para la vida.

### III.

## ¡ Venga tu Reino !

#### SACERDOTE Y MISIONERO

La experiencia espiritual de la Biblia está atravesada por una dinámica en la que el amor a Dios se vive, no fuera, sino dentro del mundo y se traduce por lo tanto en una gran sensibilidad y compromiso con lo que ocurre alrededor. Elías, el padre de los profetas de Israel, lo expresa con fuerza: "¡Ardo con el celo de Yahvé!" (I Re. 19, 10) y, animado por ese fuego interior, entra con fuerza transformadora en la historia de su pueblo. En el otro extremo de la Biblia, Pablo, otro apasionado de Dios, escribirá: "¡el amor de Cristo nos apremia!" (II Cor. 5,14) y sabemos lo que ello significó para su compromiso misionero. Finalmente Jesús, el Enviado por excelencia, repetirá sin cesar que él no hace sino cumplir la voluntad de su Padre y debido a ello, sale al mundo y se manifiesta con "gestos y palabras", actúa "con autoridad" en su tierra y se constituye como novedad de Dios para los pobres y los de corazón humilde.

No hay por lo tanto experiencia espiritual inspirada en la Biblia, y concretamente en Jesús, que no una estos polos aparentemente tan distantes y diferentes -Dios y mundo, Dios y humanidad-. He aquí el núcleo de la experiencia misionera, que es a la vez vivencia mística y tarea histórica.

La conclusión del evangelio de Mateo, “vayan y hagan discípulos” (Mat. 28, 19) es exigencia para todos (laicos, religiosos, diocesanos, contemplativos...) Nadie queda excluido de ella. Todos los carismas y ministerios deben estar animados por esa misma lógica porque participar de la vida de Dios significa participar intensamente de la preocupación del Señor por el mundo y su determinación a salvarlo.

En esta perspectiva, no se puede reducir la vocación misionera a aquellos que salen fuera de su país para evangelizar. Toda la Iglesia es misionera; también lo es la iglesia local. Bien lo ha expresado el Concilio Vaticano II, la iglesia local debe constituirse en servidora del pueblo donde le toca vivir. Esto implica a laicos, religiosos y sacerdotes y supone evidentemente un concepto de la misión, por el cual ésta no queda reducida sólo a procurar el crecimiento interno de la iglesia sino que incluye de manera central la tarea de proyectarse y contribuir a que la sociedad acoja el Reino <sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup>En la práctica esto muchas veces se pierde de vista. En efecto, una concepción estrecha de la misión hace que, en general, los sacerdotes diocesanos no se consideren misioneros. Porque la idea persiste que los “misioneros” son aquellos que salen a evangelizar a otros pueblos, o aquellos que realizan “misiones parroquiales o diocesanas”, es decir acciones extraordinarias para reanimar la fe de los creyentes. La misión así concebida no incluye por lo tanto la tarea ordinaria del presbítero ni la del cristiano. Es cierto, las múltiples tareas de un trabajo de base o de una parroquia son importantes y absorben mu-

## a) Mirar más allá

En la actualidad por suerte, se ve más claramente que la acción evangelizadora no apunta sólo a promover la vida “ad intra” de la Iglesia. No basta esta acción, aunque evidentemente es indispensable. Una comunidad cristiana está urgida a “mirar amplio y lejos”. Un trabajo de base, si se encierra en los estrechos mundillos de la sacristía, pierde el norte. No ayuda a crecer a las personas ni contribuye a ubicarlas en las nuevas realidades y desafíos que la sociedad presenta de continuo y donde los cristianos están exigidos por el evangelio a ser luz y fermento.

Aquí se puede comprender mejor la vocación misionera de todo cristiano, y muy particularmente la del sacerdote. Si éste desea ser fiel a su vocación de pastor, debe mostrarse atento a todo lo que ocurre “más allá”, más allá de los problemas internos del presbiterio, más allá del trabajo intraeclesial, más allá del trajín pastoral cotidiano.

Ser misionero significa estar particularmente atento a lo que ocurre en la localidad, en la propia región, en el país, y buscar las respuestas pastorales a las situaciones nuevas que se presentan. Ser misionero significa promover y aprender a acompañar a los cristianos que se encuentran inmersos en la compleja y conflictiva tarea de construir una sociedad más humana. Significa tam-

---

cho tiempo de la vida del pastor; exigen además la participación activa de muchos fieles. Pero, si la tarea pastoral es concebida de esa manera, si no se desarrolla una apertura hacia el entorno, si no se acompaña a los laicos que están comprometidos fuera de la parroquia, se corre el riesgo de girar dentro de un mundo replegado sobre sí, reduciendo con ello el concepto de misión y, como consecuencia, también el papel del sacerdote.

bién mostrar una constante preocupación por todos aquellos sectores que nunca se acercan a la iglesia, estar atento y presente en lo que ocurre, vincularse con otros, ampliar horizontes, comprometerse desde la propia diócesis con su país y con la iglesia nacional.

Ninguna realidad humana dejará indiferente al sacerdote que tiene conciencia misionera. Movidado por esa inquietud descubrirá en su diócesis mil lugares y oportunidades donde urge una presencia eclesial, un testimonio evangelizador, una palabra profética. El diocesano con conciencia misionera sentirá la inquietud de vivir desde su iglesia local, perspectivas amplias de sociedad, de país y de mundo. Es la inquietud transformadora de quien toma en serio el “venga tu Reino” del Padrenuestro.

## **b) Desde los pobres**

Y aquí, la opción preferencial por los pobres es una exigencia central, no sólo porque nuestras diócesis están conformadas mayoritariamente por grupos humanos muy pobres y marginados, sino fundamentalmente por una cuestión de fe. Se trata, en efecto, -ya lo hemos visto- de la manera de ser del Padre, de la manera de Jesús, su Hijo amado. Por ello, una iglesia diocesana que quiera ser fiel al Espíritu que la envía, deberá hacer desde esta opción una exigencia prioritaria.

La iglesia local debe acercarse al mundo concreto de los pobres de su región, escuchar su problemática, solidarizarse con su lucha por la vida. Debe acercarse, convertirse en parte de ese mundo, contribuir a que la voz de ese sector social se escuche y tengan los pobres la oportunidad de ser ciudadanos verdaderos en nuestro

país. El presbítero diocesano es, en cierto sentido, el principal responsable del acercamiento e identificación de su iglesia local con los sectores populares de su diócesis.

Este punto es obvio en su expresión teórica, pero no lo es tanto en la práctica. Los sectores populares en nuestro medio, al no tener posibilidades de sostener a su clero, son atendidos en general por congregaciones cuyos recursos económicos provenientes de países más ricos les permiten desarrollar ahí el trabajo pastoral <sup>6</sup>. No es materia de estas líneas buscar alternativas concretas al asunto. Sin embargo, una cosa es clara: no habrá una iglesia diocesana sólida y bien ubicada para la labor que le confía su Señor, sin un clero diocesano nacional presente y comprometido en los sitios donde viven y se encuentran los pobres y marginados. Porque sólo a partir de ahí ella podrá ser pobre como Jesús; sólo a partir de ahí tendrá la ubicación social adecuada que le permita anunciar a todos los sectores sociales las exigencias y las riquezas del Reino. Es dimensión indispensable de su vocación profética. Para ser "iglesia de todos" necesitamos ser "iglesia de los pobres", conforme a la perspicaz expresión de Juan XXIII.

---

6 En muchas diócesis los clérigos nacionales son destinados a parroquias "instaladas", es decir, aquellas que ya tienen asegurado un nivel mínimo de ingreso. En general, una parroquia en sector pobre, sin infraestructura instalada, sin recursos propios, no es considerada como para el clero diocesano; entra más bien en la categoría de parroquia "misionera". Y como de hecho la mayor parte del país está en esa situación, la conclusión lógica es la de buscar ayuda de fuera, en dinero y en personal; o mejor dicho, en personal con capacidades económicas... Este es un problema difícil y complejo. Pero es un problema que, al no ser frontalmente abordado, mantiene a nuestra Iglesia en una auténtica "debilidad orgánica" -para retomar una expresión de Pablo VI- que no le permite asumirse tal cual es ni madurar en identidad.

Esta manera de ver las cosas reclama evidentemente la búsqueda de salidas prácticas; pero también, y con mucha urgencia, una decisión proveniente del mismo clero, motivado por una auténtica opción pastoral-espiritual. Es urgente afrontar creativamente ese difícil reto. Es cuestión de fidelidad al Señor y a los pobres. De otra manera, los pragmatismos que llevan a soluciones materiales inmediatas -a menudo con instalaciones costosas y a través de mucho esfuerzo generoso- pueden llevar quizás a soluciones viables en cuanto a lo inmediato, pero no necesariamente a realizaciones sólidas y profundas, acordes con la misión recibida.

¿Tiene algo que ver lo hasta aquí expuesto con la espiritualidad? A mi juicio sí y de una manera central: al preocuparse del mundo y de los pobres, el sacerdote diocesano participará nada menos que de las preocupaciones de Jesús de Nazaret y crecerá como hijo, como discípulo y como testigo al hacer suyo el tipo de alianza de Dios con el mundo, que incluye la predilección e identificación con los pobres para generar una humanidad nueva.

## IV.

# Tuyo es el reino y el poder

### EL PODER DEL SACERDOTE: TENTACION Y POSIBILIDAD

La Iglesia confiere poderes a los ministros ordenados. En sociedades como la nuestra, eso significa no sólo un poder dentro de la comunidad eclesial sino también un poder social debido al papel que, desde la colonia, jugó siempre la iglesia en nuestra historia. Son pues éstas dos facetas en la vida pública del sacerdote con implicancias mutuas y que no se deben perder de vista. Ambas tienen su especificidad propia y necesitan ser tomadas en cuenta para ser pastoralmente eficaces.

El tema del poder suele generar temor y recelo entre muchos cristianos; es difícil trabajarlo en espiritualidad. Pero, por lo que acabamos de decir, es indispensable y de suma importancia abordarlo desde una perspectiva espiritual-pastoral. En el evangelio se nos dice claramente: "si alguien quiere ser el primero..." (Mc. 9, 35) y, en san Pablo: "si alguien aspira a ser autoridad (*"episco-*

po”), aspira a algo muy noble” (I Tim. 3, 1). El “querer ser el primero”, el “aspirar a ser autoridad” no sólo puede ser bueno; puede ser inclusive, según la manera paulina de ver los carismas en la iglesia, una función, una vocación que el creyente debe acoger para cumplir un papel que el Señor le pide llevar a cabo. El evangelio concibe el poder como servicio y Pablo interpreta teológicamente su ejercicio en la iglesia, además de dar recomendaciones morales al respecto (Cfr. por ejemplo Mc. 9, 35; I Cor. 12 y I Tim. 3, 1).

Entre nosotros el punto adquiere matices propios y es particularmente delicado. Tenemos, en efecto, una sociedad estratificada y discriminadora donde la autoridad es considerada de manera muy diferente a lo usual en otras sociedades más democráticas.

Persiste entre nosotros una larga y dolorosa tradición de dominación que tiene marcado al país. La raza, el dinero, la instrucción dan posibilidades objetivas de acción y de ascenso social a una minoría, y esto influye sobre actitudes y mentalidades. Los de “arriba” han sido y se han sentido por siglos dueños del país; podían y pueden moverse con libertad en diferentes niveles e instituciones, tenían y tienen experiencia de ser ciudadanos; los de “abajo”, en cambio, tienen una experiencia totalmente diferente. Eso tiende a cambiar por el evidente proceso de movilidad social, pero los esquemas discriminatorios persisten; lo vivimos dolorosamente a diario.

Es claro que aquí nos interesa más detenernos a examinar el panorama de los de “abajo”. Para ellos es dolorosamente real eso del “mundo ancho y ajeno” de *Ciro Alegría*. No les resulta fácil manejarse adecuadamente cuando llegan a una posición de autoridad. Su

inseguridad es entonces grande y se traduce con muchísima frecuencia en una o varias de estas tres actitudes: una excesiva timidez y hasta servilismo respecto a los que tienen mayor posición que ellos; afán de aprovechamiento en beneficio propio de las posibilidades que les proporciona el cargo para obtener seguridad y consideración por parte de la sociedad, que tantas veces se la negó; por último y desgraciadamente, incluso insensibilidad y autoritarismo despótico respecto a los considerados “inferiores” a ellos.

En estas actitudes confluyen evidentemente muchos elementos más o menos inconscientes: humillaciones antiguas no bien asimiladas, resentimientos que no han encontrado canales adecuados de superación, temor a ser cuestionado y “quedar mal”, necesidad de ser y sentirse “alguien” etc. Este fenómeno, lo sabemos, es generalizado en nuestra sociedad. Bástenos aquí consignarlo porque marca la vida y el actuar de los sacerdotes nacionales, sean éstos diocesanos o religiosos.

### **a) Dentro de la Iglesia**

En nuestro medio, el concepto de Iglesia como “Pueblo de Dios”, con las consecuencias que de él se derivan, está aún en proceso de asimilación. Sabemos muy bien hasta qué punto nuestra mentalidad -la de los sacerdotes y la del pueblo- está marcada por un fuerte clericalismo. Existen, además, fundamentaciones teológicas que justifican esta mentalidad; pero tras ella se ocultan también ciertos mecanismos sociológicos como los indicados en el párrafo anterior. Queda mucho por trabajar en este terreno. Por un lado, hay que poner al descubierto las eclesiologías subyacentes en la práctica de los clérigos, en su manera de relacionarse con los obispos y también

con la gente; por otro lado, habrá que fomentar en las comunidades la conciencia de su propia dignidad y valor como laicos, miembros activos y responsables de la iglesia.<sup>7</sup>

En una eclesiología más acorde con el Concilio Vaticano II y Puebla, el presbítero es un colaborador del obispo -no su subalterno-<sup>8</sup>; es asimismo un coordinador y dinamizador de los diferentes carismas dentro de la iglesia local, la cual debe llegar a ser comunitariamente presencia y acción del Resucitado en la sociedad.

No es tarea fácil generar esas prácticas de libertad espiritual. Supone mucho trabajo personal. Porque no se pueden promover relaciones de evangelio si, inconscientemente, uno carga lastres de dominación no trabajados que impiden avanzar.

## **b) En la sociedad**

Los sacerdotes también tienen un poder importante en nuestra sociedad. Su comportamiento, ya sea por acción o por omisión, pesa e influye sobre el pueblo.

---

<sup>7</sup> Muchas comunidades, por ejemplo, se sienten "solas" e inseguras cuando no tienen la presencia frecuente del sacerdote. Esto debe ser superado, y de hecho se está superando, aunque sea por la simple razón de la escasez de sacerdotes en tantos lugares. Con todo, quedan resabios de esta mentalidad tanto en los fieles como en los mismos ministros ordenados. Será preciso superar también por parte de los sacerdotes sus propias inseguridades, manifestadas a menudo en actitudes verticales. Sólo así se construirá una auténtica "comunidad y participación" como lo pide Puebla y promover un laicado adulto, consciente de su papel activo y con posibilidades de decir su palabra dentro de la comunidad eclesial y en la sociedad.

<sup>8</sup> Eso supone en los presbíteros una experiencia previa de ciudadano libre que, desgraciadamente, muchas veces no se ha tenido ni antes ni durante la etapa de formación.

El asunto es delicado y depende de cómo el presbítero comprenda su función de servicio a la sociedad. Esto tiene que ver con el tema de la relación iglesia-mundo. Al ser ministro del amor de Dios y de la unión de las personas y grupos humanos no puede soslayar los conflictos sociales que afectan tan duramente a las mayorías.

El reto es, una vez más, ser fiel a la evangélica opción por los pobres y, a partir de ella, ejercer -como Jesús- el ministerio para toda la humanidad. Esto producirá sin duda conflictos y malentendidos, pero así es la dinámica de la cruz. Aquí también la dimensión misionera de la tarea evangelizadora es muy exigente <sup>9</sup>.

La cercanía y práctica de los padres de la iglesia fueron manifestación histórica de la manera de ser de Dios. Pastoral encarnada y profundamente eficaz pues expresaba, a través de hechos y palabras, lo que es Dios. En la iglesia de los primeros siglos la ubicación social de la iglesia, la cercanía de los pastores al pueblo y la manera cómo éstos defendían a los débiles hizo que se les diera con el correr de los años el bello título de "padres de los pobres", un título que se arraiga en una larga tradición bíblica.

Para fortuna nuestra, los últimos decenios de la renovación eclesial en América Latina han producido muchísimos testimonios de sacerdotes y obispos que han recuperado esa bella y riquísima herencia: ellos han sido en verdad padres y defensores de los pobres, muchas

---

<sup>9</sup> Es el tema de Dios como "Go'el", es decir, defensor de los pobres (Ex. 22, 20-26; Sal. 68, 6; Pro. 22, 23; 23, 11; etc), es el tema del mesianismo de Jesús expresado por ejemplo en el discurso inaugural de Lucas 4, 16-19.

veces hasta con el precio de su propia vida. Son ejemplos de santidad interpelante. Ellos supieron utilizar con criterios evangélicos el poder social que les daba su responsabilidad eclesial. Estos ejemplos son un don que nos ha sido dado a los cristianos de esta parte del mundo, un ejemplo que nos estimula para proseguir en esta tradición de tanta santidad.

El reto es y será siempre saber usar el poder a la manera de esos testigos, no al servicio de seguridades personales o de privilegios sociales sino al servicio del Reino y, muy particularmente, al servicio de los pobres. La situación de la inmensa multitud de ignorados y despreciados en este continente no ha mejorado ni mucho menos. La audacia del Espíritu tenderá a manifestarse, con las nuevas formas y exigencias que los tiempos hoy requieren, en los miembros de la iglesia y concretamente -de acuerdo con el tema que tratamos- en sus pastores diocesanos.

## V.

### Donde está vuestro tesoro...

#### ASPECTOS DEL PROBLEMA ECONOMICO DEL SACERDOTE

¿Cómo hablar de espiritualidad del clero diocesano sin decir algo sobre lo económico? Es tema realmente complejo, difícil. Pero, por lo mismo, juzgamos importante tratar expresamente el punto. En páginas anteriores ya hemos adelantado algo sobre el particular. Pero debemos ahora ahondar más en el tema. Para ello y con el objeto de ubicarlo mejor, nos referiremos en primer lugar a la imagen de riqueza que tiene la iglesia en nuestro pueblo, imagen que repercute sobre el diocesano nacional. Luego examinaremos la situación económica de los clérigos diocesanos; y terminaremos con algunas reflexiones acerca de la presión que ellos reciben sobre el particular por parte de sus familiares.

#### a) La imagen de una iglesia rica

El hecho no es reciente. Se arrastra desde los inicios de la evangelización en estas tierras. La iglesia en el Perú,

desde los primeros años de la implantación colonial fue una institución fuerte, con apoyo oficial. Nunca fue vista por los pobres como necesitada de sostén material. No entra, por lo tanto, en los esquemas del pueblo sencillo el sentirse responsable del sostenimiento económico de sus sacerdotes.

Este panorama se ha agravado en las últimas décadas debido a la fuerte ayuda externa tanto en personal como en recursos económicos. El movimiento misionero, que tanto ha ayudado a generar nueva vida a la Iglesia latinoamericana sobre todo después del Concilio, ha importado en general, sin querer, un estilo de vida y unas posibilidades materiales que no son precisamente las de la gente pobre. Las instalaciones, los vehículos, el manejo de fondos refuerzan en términos más modernos una imagen que ya se tenía desde la colonia. Para la opinión común de la gente, la Iglesia, inclusive la más comprometida con los humildes, continúa formando parte del sector pudiente de la sociedad.

En estas condiciones no es fácil para un sacerdote nacional trabajar con imagen propia. El pueblo, es obvio, tenderá a compararlo con los misioneros y creará normal exigirle comportamientos que difícilmente están a su alcance. Esto genera inseguridades y tensiones que no son de fácil solución. Para superar esa incómoda situación los sacerdotes nacionales desarrollan varias actitudes que es preciso detectar y examinar con atención.

Una de estas actitudes es la tendencia a replegarse, mezclada con un cierto complejo de inferioridad y resentimiento frente a lo que hicieron "lo otros" y que él no está en capacidad de realizar. Complejo y resentimiento que en verdad paralizan y no ayudan, ni al pueblo a avanzar ni al sacerdote a crecer.

También encontramos la tentación de mimetizar a los predecesores. Eso significará entrar en la dinámica de los proyectos financieros para proseguir o desarrollar obras manteniendo la dependencia del exterior.

¿No será éste uno de los temas importantes para tratar al hablar de la espiritualidad del sacerdote diocesano hoy? Yo estoy convencido que sí. A mi parecer, el reto es el de asumir de veras eso que dijimos más arriba sobre “el mismo barro” popular del que está hecho nuestro clero. Ni el repliegue paralizante ni el comentario resentido y estéril son actitudes válidas. Es preciso asumir la realidad de lo que somos, con nuestra historia y nuestras posibilidades -inclusive las posibilidades económicas limitadas- y hacer de esa realidad un eficaz instrumento misionero, pero con criterios y actitudes de novedad.

Aquí no hay modelo. Habrá que hacer camino al andar. Y eso implica a la vez audacia y confianza. Pero estoy convencido de que el Señor, que escoge a los pequeños como sus anunciadores preferidos, hará de estos sacerdotes peruanos, pobres y de pocos recursos, instrumentos eficaces para manifestar la cercanía salvadora de Dios.

Los esquemas recibidos y usuales no son los únicos ni tienen por qué ser siempre los prioritariamente válidos. Los recursos económicos pueden ayudar en la tarea evangelizadora, es cierto; pero tienen efectos ambiguos, como el de perpetuar la imagen de una iglesia poderosa en bienes, imagen no precisamente evangélica. ¿No será éste el momento de buscar otras “eficacias” que no pasen por ese tipo de mediaciones o, por lo menos, que no pasen por ellas en la misma forma y proporción como las que por inercia actualmente tendemos a utilizar? ¿No es ésta quizá una ocasión para mirar con

ojos nuevos la ubicación escogida por Jesús y la forma de actuar que tuvo? ¿No será éste un momento privilegiado, y cualitativamente exigente, para que el evangelio sea entregado a los pobres por ministros pobres? ¿No ha sido éste un tema recurrente en la historia de la Iglesia y que hoy se nos plantea en términos propios para América Latina? Son cuestiones importantes que tocan al ser mismo de Dios y a la calidad de la eficacia apostólica.

Los misioneros venidos de fuera han hecho mucho y mucho bien; el pueblo los quiere, los recuerda y los admira. No se trata de criticarlos, pero tampoco de imitarlos y menos aún envidiarlos.

Lo que interesa ahora es aprovechar creativamente las nuevas posibilidades que, con el don gratuito de vocaciones nacionales, se nos presentan. Nuestro pueblo, estoy seguro, comprenderá el sentido de ese nuevo tipo de eficacia -la que a nosotros nos corresponde- y la apreciará. Con ese testimonio crecerá él y creceremos nosotros. Porque de lo que se trata, al fin y al cabo, es asumir positivamente nuestra identidad y nuestra situación. La eficacia apostólica del clero nacional está llamada quizás a actuar menos desde el poder económico y más desde la solidaridad y la cercanía. Es otro tipo de eficacia, quizás hasta más profunda que la otra, porque obliga al ministro a revelar a Jesús tal como El fue, Servidor humilde que cargó con los dolores de los pobres. Con esa riqueza evangelizadora, reveladora de Cristo pobre, podrá impulsar desde abajo a estas mujeres y hombres, sus hermanos, para que se dignifiquen, se organicen, se pongan de pie y avancen.

Lo propuesto es quizás un método apostólico más lento y oscuro que el de la solución inmediata desde el poder económico, pero -insistimos- más profundo y a la

larga más eficaz. Opciones como éstas no llevan a resultados rápidos. Suponen paciencia histórica. Suponen además convicción y ascesis. Suponen sobre todo apostar con radicalidad por el Padre de Jesucristo y la eficacia de su manera tan propia de actuar.

## **b) El sustento económico del clero**

Nuestras diócesis no son ricas. A través de diferentes procesos, voluntaria o involuntariamente, ellas han quedado con muy poco de los bienes y rentas que tenían durante el régimen colonial. Es un empobrecimiento que, bien asumido, puede ser benéfico, pues contribuye a hacer de nuestras diócesis instancias más cercanas a la situación real de la mayoría, más libres frente al estado y con mayor posibilidad para desarrollar formas creativas de radicalidad evangélica...

Los sacerdotes en todo caso, no tienen en la actualidad una economía con posibilidades de estar íntegramente asegurada desde la institución eclesial. Hay parroquias que logran entradas propias y pueden sostener convenientemente a sus sacerdotes; pero muchas otras, no. Y éstas son las de los más necesitados...

En nuestro medio las fuentes de sostenimiento más generalizadas son dos: el culto y la enseñanza religiosa en los colegios. Ambos son servicios remunerados. El primero es práctica común en la iglesia universal; el segundo proviene de las particulares relaciones de nuestra iglesia con el estado peruano.

No se trata aquí de cuestionar la legitimidad de estas prácticas. Ellas tienen una larga tradición y muchos sacerdotes las utilizan de una manera adecuada sin per-

der el norte de sus opciones pastorales. Estas maneras de ganarse la vida tienen al menos la ventaja de no depender de la ayuda externa. Con todo, tanto una como otra tiene sus propias ambigüedades. Pero, lo sabemos, en estas materias siempre se camina en terreno movedizo y cualquier solución se presta a deformaciones propias de nuestra naturaleza marcada por el pecado.

Esta realidad nos invita a buscar pistas nuevas en vistas a una mayor fidelidad evangélica. Inclusive debemos preguntarnos si no ha llegado el momento de permitir, a los sacerdotes que puedan y así lo deseen, de buscar formas de subsistir siguiendo una línea semejante a la escogida por san Pablo en los inicios de la Iglesia. La búsqueda de nuevos caminos de fidelidad es un signo de vida. Y aquí, a mi juicio, es importante posibilitar el desarrollo de una mayor creatividad y audacia evangélicas.

No es una inquietud nueva. Se ha hecho presente en otros siglos, en otros países y también en América Latina. Es parte de la rica experiencia espiritual de la Iglesia. El reto es siempre el mismo: buscar mayor fidelidad y encontrar formas de ingreso menos inadecuadas a la tarea que se tiene entre manos. Se trata de dar libertad hoy, como en otros siglos, para que los sacerdotes puedan vivir, si así lo desean, a partir de trabajos no vinculados directamente con el ministerio de la Palabra y los Sacramentos. En suma, que puedan entregar al mundo gratuitamente aquello que vino gratuitamente a la humanidad: la vida y la presencia del Señor (Mat. 10, 8).

Este gesto, estoy seguro, junto con un estilo de vida sencillo y solidario, será apreciado por el pueblo y contribuirá a dar a los hombres y mujeres de hoy una imagen más real y cercana de la iglesia y del Señor. Sería

testimonio evangelizador importante. En definitiva, abriría una veta de valiosas implicancias pastorales y espirituales.

### **c) Las situaciones familiares**

Muchos sacerdotes de nuestro medio vienen de familias necesitadas, que se debaten por sobrevivir en medio de grandes dificultades. Es frecuente que en ese contexto el sacerdote sea el único o casi el único pariente que ha podido lograr un nivel superior de educación. Naturalmente será considerado por los suyos como el profesional que ha obtenido, finalmente, una ubicación adecuada en la sociedad. Con frecuencia por lo tanto, el clérigo se convierte en una esperanza familiar. Como además es célibe, no tiene carga familiar de esposa e hijos, forma parte de una institución con prestigio, con imagen de holgura económica y de poder social, ¿cómo no ver en él a alguien que puede dar el apoyo tan urgentemente y por tantos años añorado y necesitado? Se trata de una expectativa totalmente comprensible.

Esta situación influye mucho, como lo sabemos, en la vida de los sacerdotes diocesanos nacionales. Ellos no pueden soslayar, en efecto, una responsabilidad objetiva en relación a su familia. Pero, ¡qué difícil es establecer límites a esos compromisos! Es algo tan personal y que involucra afectivamente tanto al interesado! La expectativa generada entre los familiares es, como lo hemos visto, comprensible y los mismos diocesanos son conscientes de que en cierta medida sí se encuentran en mejor situación y con más posibilidades que ellos. ¡Qué complejo es, por lo tanto, tomar decisiones relativas a estos asuntos con cabeza fría! No es cuestión sólo de purificar el cariño para con los suyos; también aparece un cierto

sentimiento de culpa: “¿hasta qué punto -se dirá más de uno- el celibato me hace evadir responsabilidades, me vuelve insensible al dolor de los míos?”

Es una situación que no permite delimitar tan fácilmente la manera adecuada de ayudar a la familia respetando al mismo tiempo la gracia y las responsabilidades de la propia vocación. En todo caso, esta situación de hecho enreda a muchos sacerdotes diocesanos. Las familias los absorben y las necesidades económicas de los suyos tienden hasta a distorsionar opciones pastorales de fondo.

Por eso es indispensable retornar constantemente a las motivaciones que un día llevaron a ese sacerdote a optar por el celibato -libre para el evangelio-, y a optar por el ministerio -libre para la Iglesia- y a centrarse en lo absoluto de su Señor. Sin ese esfuerzo constante de “retorno a los orígenes” de su vocación, será imposible resistir a este tipo de tensiones. A partir de ahí, encontrará los caminos para afrontar correctamente sus responsabilidades. Nunca será fácil. El tema deberá ser retomado constantemente. Y para lograrlo, el diálogo y la ayuda fraterna son indispensables. Porque a nivel individual es muy difícil dilucidar con objetividad estos asuntos, que tocan tan centralmente a la sensibilidad de la persona. Aquí se palpa, como en otros terrenos, la inmensa importancia de la vida comunitaria para la fidelidad del presbítero. Es lo que veremos en el siguiente capítulo.

## VI.

# Y recibieron el Espíritu Santo

### LA DIMENSION COMUNITARIA DE LA VIDA SACERDOTAL

Cada día crece entre los sacerdotes diocesanos la necesidad de vivir comunitariamente. Sin embargo, dado que el modelo más conocido de comunidad es el de los religiosos -difícilmente adaptable a la vida de los diocesanos-, el tema queda algo bloqueado y no logra formas concretas de realización. Además -y esto es una triste realidad- el fracaso o la mediocridad de muchos equipos sacerdotales contribuye a dar un cierto contexto pesimista al asunto.

Es necesario, por lo dicho, plantear la cuestión a un nivel más profundo y amplio. Es lo que pretenderemos en un primer momento, para luego tratar de proponer algunas pistas para la acción y la espiritualidad.

En nuestro medio la vida comunitaria es considerada como exclusiva de los religiosos. Es un asunto casi no trabajado entre los presbíteros pues nunca ha sido pensado como algo inherente a su vida.

Es cierto que, por motivos sobre todo pragmáticos, se tiende a ver la conveniencia de formar equipos sacerdotales; ya sea para evitar los peligros de la soledad o bien para facilitar el trabajo pastoral en sectores amplios y difíciles. Con todo, en la práctica estos equipos o no funcionan o lo hacen de manera bastante mediocre. La razón es que no se pueden llevar adelante experiencias tan complejas y exigentes como éstas sin motivaciones más profundas. Por eso es indispensable abordar y ahondar en el tema.

La vocación comunitaria en el sacerdote está ligada, antes que a su ordenación, a su consagración bautismal. Como todo cristiano, él está llamado a participar de la riqueza de la vida trinitaria, por la cual -como sucede con toda riqueza ofrecida por Dios- hemos de acogerla agradecidos, pero a la vez, luchar de continuo para poder llevarla a la práctica.

Todo esto supone ascesis, tenacidad. No es fácil poner juntas a personas con caracteres y estilos de vida distintos, egoísmos y personalismos -mezcla compleja y muchas veces dolorosa de límites y de pecados- que tanto marcan la vida de los adultos y más aún tal vez de los sacerdotes, por el simple motivo de la función de dirección que cumplen en la Iglesia y la manera como dicha función suele ser concebida y ejercida.

#### **a) Las fuentes**

El libro de los Hechos de los Apóstoles, continuación del evangelio de Lucas, marca el inicio de lo que se llama la "era de la Iglesia" en la dinámica lucana de la historia de la salvación. El Espíritu del Resucitado se infunde en la comunidad apostólica y da inicio al nuevo pueblo de

Dios. Este pueblo está destinado a anunciar con hechos y palabras el germen de novedad que se ha hecho presente en Cristo -el crucificado resucitado- y a entregarlo como fuerza de salvación a toda la humanidad.

La Iglesia nace con la efusión del Espíritu en la comunidad apostólica. A partir de ese momento la comunidad de creyentes se desarrolla. La incorporación de los nuevos fieles se hace mediante el bautismo, que es a la vez experiencia de Espíritu y experiencia de comunidad.

El Concilio Vaticano II, al retomar y profundizar estos temas, ha permitido volver a descubrir y valorar elementos esenciales del misterio de la Iglesia; dentro de ellos, el lugar y papel del bautismo en la vida cristiana, fuente de santidad pero de santidad comunitaria.

Bautismo, espíritu y comunidad van juntos, son núcleo de la experiencia eclesial. Este punto central del llamado "retorno a las fuentes" conciliar ha tenido repercusión en la espiritualidad, aunque al respecto queda aún mucho camino por recorrer. Digamos al menos por ahora que, desde la perspectiva anteriormente mencionada, queda claro que no hay cristiano a título individual.

## **b) La vocación comunitaria del sacerdote diocesano**

La referencia fundante para cualquier cristiano -sea éste laico, religioso o sacerdote- es la del bautismo. El presbítero está llamado a ser comunitario simplemente por el hecho de ser bautizado, y un bautizado que toma en serio su bautismo. Su vocación comunitaria está ligada a su consagración bautismal antes que a su ordenación. No es saludable referirse a la vida consagrada de

los religiosos para hablar de las comunidades que establecen los diocesanos.

Para intentar y desarrollar de manera explícita prácticas, relaciones, actitudes y formas concretas de vida comunitaria hay que superar evidentemente todo individualismo malsano. Sólo así quedará abierto el camino para hallar instancias donde la novedad eclesial pueda ser vivida por el sacerdote en fraternidad horizontal, como lugar de acogida comunitaria del Espíritu, de conversión y de exigencia misionera.

El sacerdote es por vocación convocador de Iglesia, vertebrador de comunidad. Si asume su función a cabalidad, experimentará el paradójico contrasentido de ejercer esa tarea sin ser él, a su vez, un hombre comunitario. Para serlo, no le bastará constituirse en mero "promotor" de comunidades, quedándose él por encima o fuera de la experiencia. La tarea es demasiado profunda como para no resultar íntimamente implicado en ella mientras la realiza.

### **c) Niveles y formas de vida comunitaria**

No se trata de dar aquí fórmulas únicas, ya que la experiencia comunitaria de cualquier creyente es variada y se tiene en diferentes niveles. Así debe ser la del sacerdote.

Un nivel para él será el de la comunidad concreta a la cual ha sido enviado. Ahí, además de su papel de animador y vertebrador, el diocesano deberá encontrar formas de horizontalidad adecuadas a la gente con la que trabaja. Quizás no pueda compartir todas las dimensiones de su vida; hacerlo no sería tal vez conveniente ni justo de

cara a las personas concretas. Eso ocurre con todo creyente que participa en una comunidad: no siempre conviene decir todo a todo el mundo. No es una cuestión de falsedad o de sinceridad sino de sentido común y fraternidad auténtica. Lo dicho no exime de ninguna manera de la exigencia de buscar formas adecuadas de relación fraterna que a la vez respeten la cultura, la edad y la madurez de un determinado grupo humano. Supone luchar contra toda actitud vertical, proteccionista o de exterioridad. Exige desarrollar una auténtica amistad adaptada al grupo; significa para el pastor no sólo dar sino también recibir; significa, por lo tanto, permitir que esa comunidad lo asuma a él como persona, como hermano, lo apoye, lo aliente y también, cuando sea necesario, lo interpele y lo corrija.

Pero existe otro nivel más amplio, constituido por otras personas, sacerdotes, laicos, religiosas y amigos que acompañan y marcan con su sabiduría y testimonio el caminar del sacerdote. Estas personas son parte de la rica experiencia comunitaria de la Iglesia. Esos amigos son puntos de referencia válidos siempre, pero muy especialmente en las situaciones tan cambiantes y desafiantes como las que continuamente estamos obligados en la actualidad a enfrentar. El testimonio de esas personas estimula; su consejo, su cuestionamiento es una gran riqueza para el sacerdote. Aquí es importante insistir en que los sacerdotes, para madurar y avanzar, no deben quedarse en el solo y estrecho marco clerical, ese mundo "próximo" en el que el sacerdote tiende a sentirse seguro. Para ser auténticamente comunitario es preciso y urgente ser horizontalmente comunitario, más allá del trabajo de base, con otras personas -laicos y religiosas- que tengan la madurez y la formación suficientes como para acompañar cualitativamente en los niveles que el pastor necesita, personas con las cuales

pueda comunicarse en profundidad, pedir consejo, dejarse cuestionar.

Este tipo de relación comunitaria probablemente no se materializa en estructuras, pero sí en amistades cargadas de autenticidad. La amistad con ciertas parejas, por ejemplo, es una riqueza para ahondar en el sentido del celibato; la amistad con laicos comprometidos en la sociedad impide encerrarse en el mundillo clerical; la amistad con religiosas es estímulo para leer la propia vida en términos de radicalidad evangélica. El sacerdote diocesano necesita de esas personas para caminar como discípulo, así como ellas necesitan del diocesano para ser más eclesiales.

Existen también entre los sacerdotes varias formas de asociación fraterna de diferente tipo y nivel, que surgen por iniciativa de los mismos presbíteros. Ellas son particularmente útiles en situaciones tan difíciles como las nuestras como lugar de apoyo y búsqueda en común.

Pero, entre ellas deseo destacar aquellas que reúnen a sacerdotes alrededor de opciones comunes de espiritualidad pastoral. Digo bien "espiritualidad pastoral" pues ése y no otro es el camino de santidad del diocesano. Pero digo también "opciones comunes", pues sabemos que en espiritualidad hay diferentes acentos, diferentes ejes ordenadores de la experiencia cristiana. Estas diferentes formas son legítimas entre sacerdotes si se viven en comunión fraterna y respetuosa; son enriquecedoras, pues expresan, en su variedad, la riqueza insondable del evangelio que a todos trasciende. Evitan toda absolutización indebida u homogeneización empobrecedora. Lejos de debilitar a los presbiterios, los fortalecen, pues constituyen posibilidades y canales distintos al servicio de la santidad de sus miembros. Asociaciones

de este tipo constituyen en verdad, instancias importantes de encuentro para aquellos que desean apoyarse por el mismo camino. Hacen posible, por los consensos en que se basan, ir más hondo en la búsqueda común, en el apoyo mutuo, en la interpelación fraterna; búsqueda, apoyo e interpelación que no siempre son posibles en los presbiterios. Pero además permiten que, con inquietudes similares, sacerdotes de diferentes diócesis se vinculen y se ayuden. Esto es importante en nuestro medio dada la fragmentación del país y los límites muchas veces estrechos -y desgraciadamente hasta asfixiantes- de nuestras diócesis. Da la posibilidad a los sacerdotes para ampliar horizontes, abrirse a una experiencia mayor, vincularse con otros. Son canales de salud, de maduración y de vida.

Es preciso decir también una palabra sobre la tendencia actual a formar equipos sacerdotales en las parroquias. Las motivaciones para hacerlo son a menudo prioritariamente de orden pragmático: evitar los peligros de la soledad, facilitar el trabajo pastoral... La práctica hace ver, sin embargo, que el asunto no es sencillo. No sólo por la dificultad de compaginar personalidades y estilos diferentes sino porque una experiencia como ésta, para resultar positiva, exige de parte de los interesados actitudes y opciones más profundas que las meramente pragmáticas.

Es verdad que no resulta saludable enviar sacerdotes solos a ningún lugar; pero es cierto también que no todos los sacerdotes tienen la capacidad de vivir en común. Muchas veces, además, se dan incompatibilidades de carácter o de formación que no permiten la vida común. Deben, pues, considerarse todas esas dimensiones pues de lo contrario se provoca el fracaso de la experiencia, con el correspondiente desaliento que ello genera. No se

trata tampoco de buscar salidas fáciles poniendo juntas a personas que se “llevan bien”. Hay que calar más hondo y poner las bases para que ese equipo sacerdotal proyectado inicie -y se proponga ser- una verdadera comunidad cristiana de pastores. Para esto no basta la buena voluntad; es necesario que quienes intenten la experiencia hayan hecho de ella en cierta forma una opción de vida y la asuman conscientes de que habrán de afrontar las diferencias normales existentes en toda convivencia humana, sobre todo si esa convivencia no se basa en afinidades o simpatías sino en las exigencias de la tarea pastoral.

La vida comunitaria de sacerdotes -la experiencia lo dice- no se improvisa; supone trabajo previo y hasta, me atrevería a decir, entrenamiento previo para poder superar los usuales individualismos. Una vida de ese tipo, si quiere asumirse como experiencia espiritual, debe tener como motivación profunda la fe, pero además, la opción firme para luchar por ser pastor comunitario a todos los niveles. Es experiencia evidentemente dura y exigente, pero de gran riqueza humana y evangélica. De gran riqueza pastoral si se asume de verdad con ese nivel de radicalidad.

Finalmente, se debe decir una palabra sobre la dimensión comunitaria de los presbiterios. La comunión ahí, no se basa sólo en el bautismo sino también en la común misión recibida por el sacramento del orden: los presbíteros unidos a su obispo están llamados a vivir esa experiencia desde la fe. No es una experiencia fácil. Se palpa en ella, dolorosamente muchas veces, el misterio de la Iglesia tan divina y tan humana, recuerdo constante de que “llevamos un tesoro en vasos de barro” (II Cor. 4, 7).

Los presbiterios están llamados a colaborar con el obispo, primer pastor de la diócesis, en el servicio de dar vida a una iglesia local. Están llamados a hacer visible la presencia de Cristo en la historia de un pueblo. A ellos se les confía la transmisión de la vida y la palabra del Resucitado; ellos deben por vocación ayudar a un pueblo a caminar tras su Señor. Pero esa experiencia se hace muy frecuentemente desde una realidad marcada por mucha debilidad. Debilidad que proviene, por ejemplo, de la escasez numérica de los pastores; pero también por las diversas mentalidades no siempre fáciles de compaginar, las inercias, los individualismos, los pecados de los miembros del mismo presbiterio.

Por estas y otras razones hay que confesar que los presbiterios ofrecen, por lo general, una experiencia de comunidad bastante limitada. Es una "comunidad" que se ubica al nivel más alto de oficialidad e institucionalidad eclesiales. Su función principal es la de lograr la coordinación y el ordenamiento de la vida diocesana. Es una instancia de trabajo en función de un proyecto que va más allá de cada uno de los miembros que lo integran.

Por eso mismo, los presbiterios son un continuo y muy exigente llamado a la fe. Constituyen una instancia donde es importante superar la cómoda tendencia a ser simples subalternos del obispo para asumir con madurez el papel de colaboradores con él, conforme al sentido de la consagración presbiteral. Este papel implica la obligación de expresar con franqueza y altura las propias opiniones, aportar con creatividad, promover el avance comunitario del conjunto, discrepar, debatir. Un presbiterio como el descrito excluye tanto los ser-

vilismos como las actitudes cerradas que se aíslan, supone lucha personal y comunitaria. De esta manera los presbiterios son un lugar de trabajo en función de una vocación mayor, pero igualmente son un lugar de purificación en vistas a una común misión.

## VII.

### Por Cristo, con El y en El

#### JESUCRISTO, CENTRO DE LA VIDA DEL SACERDOTE DIOCESANO

La santidad en la vida cristiana no consiste en otra cosa sino en dejarse llevar por una aventura, la aventura que proviene de un encuentro con Cristo, como aquel encuentro de los primeros discípulos. Se desarrolla a través de los avatares de una vida donde, a la vez que se va descubriendo en la práctica el evangelio y el rostro de Dios, se aprende también, entre caídas y luchas, a apreciar la riqueza del llamado y la belleza de saberse sostenido en la fidelidad por ese Señor que ha llamado.

El sacerdote participa de una manera muy especial del ministerio público de Jesús. A través de los años su vocación se precisa, se purifica y enriquece incesantemente. Está llamado, como Jesús, a anunciar públicamente la llegada del Reino y a entregar su vida por él. Está llamado a construir y vertebrar una comunidad creyente que prolongue en la historia la presencia salvífica

del Resucitado. Para esto ha recibido el sacramento del orden sacerdotal que lo constituye en pastor.

Es importante, por lo tanto, recurrir al evangelio para descubrir aquello que constituye el núcleo de la vida pública de Jesús, porque eso mismo debe constituir también el núcleo de la vida del ministro.

Los sinópticos son a este respecto ilustrativos: la salida de Jesús del anonimato, el paso de lo que se llama la vida oculta a la vida pública se da en dos relatos -el bautismo y la tentación en el desierto- que, en cierto sentido, constituyen los dos acontecimientos “fundantes” y “constitutivos” del ministerio de Jesús.

Digamos lo que estas narraciones nos sugieren para nuestro tema.

### a) El bautismo de Jesús en el Jordán

Los tres sinópticos consignan el suceso (Mt. 3, 13-17; Mc.1, 9-11; Lc. 3, 21-22; cfr. también Jn. 1, 29-34). Muestran a Jesús como uno entre tantos de su pueblo, como uno de esos anónimos que buscaban con sinceridad la venida del Reino de Dios humildemente a través de la conversión. Los evangelistas ubican a Jesús, según los exégetas, como un *anaw*, un pobre al estilo de Sofonías (3, 11-13), abierto a la esperanza y dispuesto en la humildad a recibir la novedad de Dios; como un *anaw* en la línea del servidor de Yahvé<sup>10</sup>. Lucas nos sugiere más: todo ocurre cuando Jesús tenía alrededor de treinta años (Lc. 3, 23).

<sup>10</sup> El término griego *pais* tiene doble significado, puede designar tanto hijo como siervo. En los textos del bautismo de Jesús los exégetas ven una referencia tanto al “Tú eres mi hijo, yo te he

Los tres evangelios presentan el hecho con los rasgos de una teofanía (los cielos “se abren”), teofanía que marca a la vez la iniciativa de Dios y el descubrimiento asombrado por parte del que la recibe de una novedad que lo inunda. De lo que se trata aquí, en realidad, en una profundización por parte de Jesús, en términos de novedad, de la conciencia que ya tenía de su relación original y única con su Padre.

El relato tiene además los rasgos de una unción profético-mesiánica: los cielos se abren y el Espíritu “desciende” sobre Jesús y anuncia quién es para Dios ese *anaw*: es “su hijo amado”, “su servidor”, “motivo de su complacencia”.

Marcos y Lucas aportan un detalle más, importante para lo que aquí tratamos: las misteriosa voz -a diferencia de lo que se indica en la versión de Mateo- se dirige en esos textos directamente a Jesús: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”. Según los estudiosos, estos textos de Marcos y Lucas corresponderían a las tradiciones más antiguas y se referirían precisamente a confidencias del propio Jesús a sus discípulos sobre su propia y especial experiencia de Dios como Padre; conciencia de su honda y particular filiación que le permite en ese momento formular con claridad su original vocación mesiánica. He aquí el núcleo de la vida de Jesús, su energía medular, el motivo de su seguridad y autoridad para actuar, de su confianza absoluta, de su alegría y entrega total. San Juan, con redacción diferente, desarrolla la misma idea.

---

engendrado hoy” del salmo mesiánico (Sal. 2, 7), como a la vocación profética del servidor de Isaías: “He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma” (Is. 42, 11). Filiación única y vocación especial están aquí apretadamente resumidas.

No nos es permitido ir más allá en los textos. Sin embargo, es posible decir que Jesús hubo de tener una experiencia de ese tipo ya sea en el momento del bautismo o alrededor de los treinta años... A partir de ese momento vio claro y pudo salir, presentarse públicamente, iniciar su obra. Pudo comprender su ser, lo que en él había ido madurando a través de los años, lo que en él bullía. Su vida pública comienza cuando descubre con claridad su vocación y la manera de llevarla a cabo <sup>11</sup>.

Jesús aparece en los evangelios como el apasionado del Padre y de su Reino. Su religión es en verdad religión estrechamente ligada a su Padre. Es absolutamente imposible entender a Jesús sin esa fontal y original relación. En los textos que comentamos, él se descubre a sí mismo como Hijo amado, como Servidor. Servidor de su Padre en primer lugar (por eso se comprende a sí mismo como Enviado) y, debido a ello, servidor de la voluntad del Padre en la línea del segundo Isaías. El es todo de su Padre y para su Padre. El prólogo del evangelio de San Juan resumirá esa realidad con la bella y profunda expresión: Verbo de Dios, Palabra de Dios hecha carne. He aquí la esencia de Jesús, el fondo de su vocación.

---

<sup>11</sup> Los evangelios no nos indican el proceso que siguió Jesús para descubrir su vocación. Pareciera que le hubiera tomado tiempo. La discreta indicación de los treinta años es en ese sentido elocuente; para la época en que vivió Jesús esa edad ya no era la de un joven. Correspondería sin embargo a la realidad misma de su humanidad que, como la de todo ser humano, no siempre ve claro de inmediato. Y eso puede haber sido el caso para él, cuya vocación única, a la vez tan arraigada en la tradición bíblica y tan nueva para la comprensión que de ella se tenía, ha debido ser difícil de formular y más difícil aún el encontrar las maneras de llevarla a la práctica. Sólo la hondura mística de su conciencia de Hijo, de amado, pudo encontrar esa especificidad. Es lo que estos textos admirablemente nos revelan.

## b) Las tentaciones en el desierto

(Mt. 4, 1-11; Mc. 1, 12-13; Lc. 4, 1-13). Los textos del bautismo marcan la relación cualitativa de Jesús con su Padre, el corazón de su vida; los de las tentaciones indican en cambio la manera como habrá de comportarse ese Hijo, la manera de llevar a cabo su misión. Hay que notar que Satán se dirige a Jesús incidiendo precisamente en el núcleo central de la vida de Jesús: “si eres Hijo de Dios...”

Jesús aparece en estas perícopas con una inmovible fidelidad a su Padre al estilo deuteronomico (Dt. 8, 3; 6, 13; 6, 16); pero también con la conciencia clara de que su filiación lo ubica en la línea del “hijo-servidor” de los cánticos de Isaías. No es, pues, cualquier tipo de hijo; las tentaciones de Satanás nos lo harán ver con claridad.

En primer lugar, la intimidad con su Padre no le permitirá un uso mezquino y egoísta de su filiación (primera tentación: Mt. 4, 3-4; Lc. 4, 3-4) ni le permitirá tampoco buscar el éxito fácil, comportarse en una forma espectacular propia de un “hijo de Dios” cualquiera, tal como lo esperaba el pueblo (Mt. 4, 5-7; Lc., 4, 9-12)<sup>12</sup>; mucho menos apetecerá un poder sobre el mundo que suponga traición al proyecto de salvación de su Padre (Mt. 4, 8-10; Lc. 4, 5-8).

Sabemos que estas tentaciones, puestas al inicio del ministerio público de Jesús, están presentes durante toda su vida pública. Tienen relación con su ser nazareno y su manera de actuar que, evidentemente, provoca-

---

<sup>12</sup> Esta es la tentación en la que se insinúa la vocación mesiánica de Jesús en la línea del Servidor.

ron escándalo y rechazo. Todos los evangelios muestran la intensidad del drama. Pero todos los evangelios muestran también la seguridad con la que Jesús asumió su ser y su misión.

Fue firme en su opción porque sabía a quién pertenecía y de quién era enviado. Era alguien que actuaba "con autoridad" pues su autoridad venía de su Padre (Mt. 7, 29 y par.; Mc. 11, 27-33 y par.; Lc. 4, 32; etc.). Por eso rechazará el prodigio fácil; a la insistente petición de una "señal", él responderá de manera tajante: "no se les dará sino la señal de Jonás" (Lc. 11, 29-32 y par.). Tampoco en el momento duro y difícil escapará a su vocación: "Ahora mi alma está turbada, y ¿qué voy a decir?: ¿Padre, líbrame de esta hora? Pero, ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, ¡glorifica tu Nombre!" (Jn. 12, 27).

Estas dos escenas -bautismo y tentaciones- hacen aparecer el misterio trinitario: Jesús, al descubrirse Hijo, descubre de una manera nueva a Dios como su Padre, y a él como un hijo muy especial. En ambas escenas además, bautismo y tentaciones, Jesús tiene la experiencia del Espíritu, que desciende sobre Él (bautismo) y que lo conduce (desierto). Son momentos de manifestación en Jesús del misterio propio de Dios así como de su original vocación.

### **c) El presbítero: hijo, discípulo y enviado**

Los relatos evangélicos mencionados preceden al inicio de la vida pública de Jesús y nos proporcionan el sentido de ésta. Por esta razón nos interesan especialmente, pues el sacerdote diocesano es un enviado cuya espiritualidad no es de vida oculta sino de servicio público. Está llamado, por lo tanto, a encontrar en los

textos del bautismo y de las tentaciones el marco de fondo y el sentido de su vida y ministerio.

El diocesano, como Jesús, deberá en primer lugar profundizar su relación con el Padre. El también está llamado de una manera especial a ser hijo de ese Padre. Descubrirá esa novedad y la acogerá -porque es don- a lo largo de su vida y de su labor, en el silencio de la oración y en el asiduo trabajo por convertirse cada vez más como pastor en dócil discípulo de Cristo. La lectura orante de la Palabra de Dios le irá iluminando, como a Jesús, sobre el sentido de su vocación y sobre su manera propia de entrar en la historia. Deberá asumir desde la profundidad de esa experiencia su propia historia personal y sus raíces, pues ellas están llamadas a ser -como fue también en el caso de Jesús- "palabra" del Padre. Ese será el núcleo de su vida, el motivo de su alegría, la fuerza para su fidelidad.

En esa relación fundante el sacerdote encontrará la libertad para moverse, como la que tuvo Jesús para hacerlo en la sociedad de su tiempo -libertad de hijo que no teme desplazarse en la casa de su Padre-<sup>13</sup>; ahí encontra-

---

<sup>13</sup> Este tema es tratado sobre todo por Juan (cfr. por ejemplo, Jn. cap. 8, 33 y ss.) y por Pablo (cfr. Gal. 4, 21-31, etc.) oponiendo la actitud servil e insegura del esclavo a la forma de ser libre del hijo. Es también la base de la experiencia de la *parresia* apostólica varias veces utilizada en el libro de los Hechos (por ej. Hech. 4, 13.29.30; 10, 28; 14,3; etc.). *Parresia* en griego, alude a la experiencia de libertad del miembro de la ciudad, en oposición a la del esclavo o del extranjero. Los ciudadanos caminaban con libertad, "como en su casa" en su ciudad, no así los otros. La palabra, en el libro de los Hechos, marca así la actitud característica de los discípulos después de Pentecostés, cuando pierden el miedo y encuentran la fuerza interior para caminar "como en su casa" en la sociedad hostil para ellos, ya sea judía o pagana. Es la "libertad de hijos" lograda después de la experiencia del Crucificado-Resucitado.

rá la autoridad -característica propia de Jesús- para hablar del Padre y de su Reino.

A imagen del Hijo y del Enviado, el presbítero irá aprendiendo a comportarse como "hijo" y como "enviado". Y eso, a pesar de sus límites y pecados, a pesar de sus resistencias y rechazos; simplemente porque el Padre lo ha llamado y confía en él. Descubrir eso constituye el "tesoro escondido" que lo moverá a "vender todo lo que tiene" para obtenerlo (Mt. 13, 44). Sólo así será sacerdote a imagen de Jesús, el Hijo y el Enviado por excelencia.

El sacerdote, por cierto, tendrá que padecer al mismo tiempo las mismas tentaciones de Jesús, como las padecieron también las comunidades destinatarias de los sinópticos y las iglesias de todos los tiempos.

No se descubre, en efecto, tan naturalmente ni en forma espontánea todo lo que implica la filiación y el envío. Es fruto de un proceso que toma tiempo -como los "treinta años" de Jesús- y muchas veces se pierde el norte en la ruta pues, a diferencia de Jesús, estamos marcados por el pecado...

Siempre ha sido difícil -y lo seguirá siendo- asimilar la particular manera de ser de Dios. Siempre sentiremos surgir en nosotros el deseo de ser ministros de otro dios y de usar otras maneras de actuar distintas a las de Dios. Esa fue la piedra en la que muchos tropezaron quedando incapacitados para comprender a Jesús en su caminar por Palestina; ésa fue la dificultad que por todas partes encontró Pablo:

"los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría: nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles..." (I Cor. 1, 22-23).

...Y ésta es la tentación constante para la Iglesia.

No es de extrañar, por tanto, que el sacerdote padezca en su vida pública las mismas tentaciones que aparecen en los evangelios <sup>14</sup>. De ahí la necesidad que tiene de agudizar el oído y afinar la sensibilidad para ser verdadero discípulo de Aquél que lo llama a ese servicio.

Cuanto vamos diciendo supone lucha, trabajo, oponerse a todo aquello que intente descentrar al presbítero de su eje vital. Supone también, y sobre todo, mantenerse abierto al Espíritu -como Jesús- para internarse con coraje en esos “desiertos” de la vida pública y ahí recibir la fuerza para resistir, la libertad para caminar, el amor para decir -con nitidez y coraje, como Jesús- frente a toda tendencia idolátrica, ya sea propia, de la Iglesia o del pueblo:

“¡Adorarás al Señor tu Dios y sólo a El darás culto!”  
(Mt. 4, 10 y par.).

Palabras que afirman con tajante firmeza no sólo el monoteísmo radical de Israel, sino sobre todo el tipo de Dios que se reveló en ese pueblo, que “se hizo carne” en Jesús de Nazaret y que sólo en sus términos -no en los nuestros- deberemos acoger y adorar.

---

<sup>14</sup> En nuestra sociedad conservamos muchos resabios de la antigua cristiandad que marcan estilos en las costumbres de nuestras iglesias. Todos ellos deben ser revisados a la luz de las tentaciones de Jesús para contribuir a la construcción de una Iglesia más conforme con la vocación mesiánica que aparece en los evangelios. Esto es lo que Medellín tuvo el coraje de sacar a la luz y constituye una tarea pastoral de suma importancia y urgencia. Revisar nuestras costumbres para adecuarlas a los criterios evangélicos resulta un auténtico reto para la práctica del clero y su espiritualidad.

En ese sentido Jesús es modelo para el sacerdote, su maestro, su punto de referencia fundamental. La cruz, consecuencia y expresión de la fidelidad absoluta de Jesús a su Padre, debe ser también punto de referencia para las opciones y la fidelidad de los pastores.

El año litúrgico y la eucaristía, que marcan el caminar diario del sacerdote, brindan elementos centrales para esta espiritualidad. *El ciclo de Navidad* recuerda la encarnación, es decir el apasionado amor de Dios por el mundo y la manera tan peculiar de ingresar a la historia humana y hacerse parte de ella. Es el tema del Emanuel, del Sacerdocio y de Nazaret que aquí hemos señalado. *El ciclo Pascual* se centra, por un lado, en la Cruz, signo de la fidelidad de Jesús a una manera de ser Mesías, la deseada por su Padre; se centra a la vez en la Resurrección, signo de la fidelidad del Padre que vence a las fuerzas de la muerte y constituye a su Hijo como Señor. Supone en los presbíteros la fidelidad a la evangélica opción por los pobres, tan central en nuestra renovación eclesial, vivida en la vigorosa esperanza del Señor, triunfador de la vida a pesar de tantas amenazas de muerte que merodean. Es lo que hemos tratado sobre todo en los acápite III y IV de este trabajo. Finalmente *la Eucaristía*, memorial, se expresa con los símbolos de la entrega total por amor: el pan que se rompe, el vino que se ofrece para dar vida.

Y aquí también, una vez más, los testimonios de fidelidad por parte de tantos pastores latinoamericanos de las últimas décadas resultan para nosotros, los presbíteros, un ejemplo y un estímulo. De ellos podemos aprender cómo caminar con libertad, coraje y radicalidad proféticas en los difíciles procesos sociales de nuestros pueblos, como hijos y enviados, en seguimiento fiel de Jesús, sin traicionar al Padre y, por lo tanto, sin traicionar

tampoco a los pobres en los momentos cruciales de su historia.

Vivir como hijo, discípulo y enviado: éste es el corazón en la espiritualidad del sacerdote diocesano. Llevará esa riqueza durante los quehaceres cotidianos de su iglesia local. Se desvivirá por detectar los gérmenes del Espíritu presentes en su pueblo para desarrollarlos y hacerlos madurar en frutos del Reino. Descubrirá en esa práctica, a través de los años, la riqueza de su relación con el Padre, la sabiduría siempre nueva del Maestro y las exigencias radicales del Enviado. Encontrará la ternura para acercarse al que está "fuera del camino" y comunicarle la fuerza de Dios; encontrará también la energía profética para denunciar todo aquello que se opone, en la sociedad y en las personas, a las exigencias del Reino y, como Jesús, formará discípulos -laicos, religiosos, sacerdotes- capaces de extender y continuar esa experiencia. Así se hará santo, siendo un servidor apasionado de su Dios y un luchador audazmente comprometido al servicio de la santidad de su pueblo.

\* \* \* \* \*

Hemos tenido en cuenta las situaciones que vivimos en nuestro país, para esbozar a partir de ahí algunos rasgos de una espiritualidad propia del clero diocesano de estas latitudes. Gracias a la renovación conciliar y a la de la Iglesia latinoamericana, y atendiendo a los testimonios de sacerdotes que encontramos en nuestro caminar -testimonios de aquellos que no huyen de la realidad social de la que vienen y a la que están enviados- hemos podido detectar algunos puntos dignos de ser resaltados y que muchas veces no son suficientemente tomados en consideración como factores de santidad. Son, sin em-

bargo, a mi parecer, puntos neurálgicos donde efectivamente se teje una auténtica fidelidad evangélica en el ministerio.

Decíamos al inicio de este trabajo que en nuestro medio la identidad del clero diocesano no tiene rasgos ni modelos claros. Con todo, lo que hemos descrito está tomado de la vida de sacerdotes diocesanos de aquí, cuyo testimonio nos ha permitido detectar los rasgos espirituales que aquí hemos desarrollado. Si bien a menudo estos rasgos se viven de manera parcial y dispersa, sin embargo ahí están, y permiten vislumbrar el modelo de sacerdote diocesano que podemos tener.

Cada uno de los sacerdotes diocesanos, desde su personalidad diferente y en situaciones diversas, debe manifestar en su vida y en su práctica una riqueza que nos anime y nos motive a seguir adelante. La intención de estas líneas no ha querido ser otra que valorar lo que ya existe en el presente, recogerlo, profundizarlo y afirmarlo para que nuestras iglesias locales logren un modelo de sacerdote diocesano a la altura de lo que nuestros pueblos merecen y las comunidades necesitan.



Gráfica Espinal E.I.R.L.  
Jr. Huamanga 145  
Lima, Perú